

hacia las Verdades, traían consigo la mácula del mundo, como raíces que, sean de planta saludable o de flor venenosa, vienen sucias del lodo negro en que estuvieron empapadas...

Y para mayor humildad, selló su promesa con la sangre que las disciplinas le arrancaron toda la noche del cuerpo...

## IV

Entonces, para que esos pensamientos de su vida entre los hombres no le perturbasen el alma, Onofre, en la corta hora de reposo, al oscurecer, obligaba a sus ojos a contemplar una a una las apariencias de su Desierto. Inmóvil, a la orilla de su cercado, contemplaba ampliamente las formas y las semejanzas de las rocas: unas, escarpadas, lisas, como muros de ciudadelas; otras, agudas, avanzando en la sombra crepuscular como proas de galeras encalladas; otras, redondas, en montículo, de una blancura fúnebre, como cráneos que quedasen de una antigua y olvidada matanza... Pensaba en las tierras que se extienden hacia el Sur, en su aspereza y desnudez, en los antros que seguramente las excavaban, en los hondos barrancos, mudos, ahogados en tinieblas... Más lejos seguía la interminable lividez del arenal, ondulando a la manera de un sudario, donde el viento forma pliegues, hasta las orillas de un mar bravío, que

no se divisaba... Y más allá de las arenas y de las rocas y de los montes había aún otros montes y peñas y dunas y pantanos y soledades que le separaban de los hombres...

Entonces, lentamente, fué en él naciendo el espanto y después el terror de su soledad. Estremecido, recordaba las historias antaño oídas en la taberna del *Gallo* a Ahmés y a viejos camelleros de las caravanas que cruzan entre Berenice y la Libia, sobre las gentes tremendas y las fieras que pueblan aquella región, la más bravía de toda la tierra. Por las orillas del mar yerran las horrendas tribus trogloditas, que no tienen Dioses ni leyes; se alimentan de pez crudo y de las culebras de las rocas, beben sangre, poseen en común las hembras velludas y salen a rastras de sus cubiles de fango para aullar a la luna... Allí, en aquellos descampados, vive la más pavorosa de las fieras, el torosarcófago, que come la carne humana, es color de fuego y expele un vaho que reseca las plantas y alternativamente deja colgar los cuernos como muelles membranas o los enristra para el ataque, ¡tan agudos y largos y duros como dardos de hierro!... Pero terribles entre todas las fieras eran esas serpientes del Desierto Arábigo, tan largas y gruesas, que, en reposo y cuando están hartas, forman en la planicie como una colina de roscas y escamas, donde lucen arriba y se divisan de lejos las dos brasas de sus ojos... Y era en medio



de serranías pobladas por estos monstruos donde él vivía desamparado.

Entonces, abrumado por el miedo, comenzó a fortificar, como en la víspera de un asalto, el ancho cercado donde se abría su caverna. En largos días de trabajo sudoroso consiguió hacer rodar una peña frente a los ásperos peldaños que descendían hacia el valle y hacia el huerto... ¡Y sólo reconoció la inanidad de su obra!... Salvajes y fieras podían descender sobre él desde las cumbres del monte que desde el lado Sur se ligaba, por un dorso fácil, a otras sierras y a los arenales... Comenzó de nuevo la obra; jadeando y gimiendo, acarreo gruesas piedras hacia la boca de su cueva, donde todas las noches levantaba laboriosamente un muro, que cada madrugada deshacía. Pero, aun así amurallado, no sosegaba... Constantemente, silbidos, mugidos, el crujir de las piedras bajo patas blandas, sacudían y sobresaltaban su dormir angustioso... Cierta palpitación de alas, semejante a alfombras enormes que se sacudiesen, hacía ahora a cada instante sonoro aquel aire tan mudo y limpio de su desierto; y él no dudaba de que fuesen esas horrendas aves, de semblante humano, que asaltaban a los viajeros solitarios, les envuelven en las alas fel-pudas y les chupan la sangre. ¡Cuántas veces había oído él a Ahmés cómo dos soldados de la cohorte romana estacionada en Phulacon para escoltar a las caravanas de la Libia habían sido devorados por estos vampiros!...

Una noche sintió derribarse con estruendo el muro que cerraba su caverna. Hasta que la madrugada clareaba, no cesó de temblar, agachado en un rincón, con los cabellos erizados y el rollo del Evangelio abierto delante del pecho, como un escudo... ¿Qué valían, en efecto, piedras puestas sobre piedras? Sólo del Señor debía esperar la defensa que ninguna fuerza derriba.

Y no volvió a levantar aquella vana y frágil pared. Delante de la caverna plantó la cruz de madera. Pero el desierto parecía ahora lleno de rumores y de formas... Cada hora de obscuridad se convirtió en un inmenso pavor...

¡Con qué inquietud veía ponerse a lo lejos, sobre los desiertos de la Libia, el sol, que era su protección!... No se siente más desamparada una criaturita a quien la madre abandona en una senda oscura... Apenas la sombra caía en las quebradas y todo color se apagaba sobre las rocas, comenzaba en torno del Solitario el moverse y rumorear de una vida tenebrosa y deforme. Vahos tibios y fétidos pasaban luego sobre su semblante; tropeles de patas, el duro entrechocar de cuernos, ronquidos ásperos, estallidos de ramas que se parten, no cesaban en la densa tiniebla; lejos, en el arenal, corrían y volteaban claridades de antorchas, guedejas sacudidas en el aire y lienzos lívidos como sudarios; y hasta le parecía que los montes se removían, como dorsos cansados que se estiran... Inclinado, de bruces, desde su explanación



da, él distinguía entonces el lento ondular de alguna serpiente, cuyas escamas raspaban las rocas; más gruesa que un tronco de cedro, avanzaba silbando, pegaba la cabeza a la alta escarpadura de su monte, y lentamente, viscosamente, subía, crecía, llegaba tan cerca de él, que las dos brasas de sus ojos dejaban surcos rojos en la roca. Dando un grito, Onofre retrocedía, para esconderse en su caverna; y sorprendía entonces algún anca negra, una cola felpuda, desapareciendo por la abertura baja. Rodeado de monstruos, caía en el suelo, jadeando, esperando la muerte, en una postrera oración al Señor; y cuando alzaba la faz, todo había vuelto a la inmovilidad y a la mudez; y una estrella lucía en el cielo con serenidad... Pero su reposo no duraba mucho; otras visiones surgían luego de la sombra inagotable.

Al borde de la escarpada roca donde se abría la caverna, en lo alto, comenzó durante largas noches un silencioso y confuso moverse de larvas que se recortaban en su formas diferentes, con un color lívido, sobre la negrura del cielo... Eran enormes masas rastreadas, largas figuras semejantes a obeliscos, pescuezos que se retorcían en el aire como cintas al viento, teniendo en la extremidad una cabeza greñuda... Abajo, en medio del cercado, Onofre temblaba, esperando a cada instante que se precipitasen y cayesen sobre su cuerpo misérrimo. Pero ninguna se despegaba del borde de la roca en su cruzar incesante y mudo; sólo

a veces un largo brazo blando se escurría, colgado, raspando la piedra con garras ásperas; o un ala larga se desperezaba sobre la cabeza del Solitario, muy en lo alto, o una faz horrenda se inclinaba a acechar, con la faz colgante y color de fuego. Si se refugiaba en la caverna, sentía por encima, como si la densa masa de roca fuese sólo un tenue pavimento, el pesado tropel de patas blandas, y por las rajadas de la bóveda, de repente, caía una punta de rabo que se torcía, o bajaba un dedo con una larga uña de hierro. Todo el monte parecía hervir de vidas monstruosas... Debajo de sus pies desnudos, la piedra tenía el calor y la blandura viscosa de un vientre... La propia abertura de su cueva, ya se ensanchaba, ya se cerraba, como una boca que espera la presa...

De madrugada su cansancio era tan grande, que apenas podía sostener la azada para cavar su huerta, y muchas veces se adormecía, exhausto, sobre las hojas abiertas del Evangelio... Para espantar a los monstruos imaginó acumular retoños y hierbas secas en su explanada y encender de noche una hoguera... Inmediatamente, entre las contorsiones de la llama, apareció un tremendo basilisco, serpiente color de brasa que tiene dos cuernos; y el humo formaba largos fantasmas cenicientos que se arrollaban al cuello del Solitario y lo estrangulaban...

Seguro entonces de su próxima destrucción, puesto que toda la Naturaleza arrojaba contra él



a sus monstruos, desde los más pesados hasta los más sutiles, Onofre aceptó con sumisión el destino que le marcaba el Señor; y una noche arrodillóse delante de la caverna, cruzó firmemente los brazos, y no se movió, esperando, casi apetecciendo el remate de los largos tormentos... Inmediatamente, una fantasma monstruosa y extraña apareció, y sin un rumor, sin que uno de los vastos miembros se moviese, quedó delante de él, con la rigidez y con la inercia pesada de un monte... Todo su enorme cuerpo se perdía en la sombra más allá de la explanada, y Onofre sólo le divisaba el gordo y enorme hocico, alargado en forma de trompa, y dos ojillos medio cerrados, perdidos en la gordura de una inmensa e intolerable estupidez y tristeza... Era esa, ciertamente, la alimaña suprema que le venía a devorar; y se tapó el semblante con las manos, trémulas, frías, murmurando la oración postrera...

Cuando de nuevo miró, el monstruo permanecía allí, inmóvil y mudo... Un pelo ralo y asqueroso cubría todo el inmenso hocico, donde relucía, como supurado de su gordura, un óleo denso y en bolitas. La abertura de las narices desaparecía bajo el moco que cuajara en ellas... Y sus dos ojos, pequeñitos, turbios, no se desviaban de Onofre, tan tremendamente estúpidos y de una tristeza tan crasa y densa, que huyó para no soportarlos, rodó hacia el fondo de la caverna, sollozando de desesperación... Transcurrieron largas e interminables

horas; volvió a rastras a acechar; la fantasma yacía ya inmóvil, lustrosa de gordura, pero estúpida y triste... Furioso el Solitario, agarró una piedra que le arrojó contra la tromba. La piedra no hizo ruido; el monstruo, impasible, miraba estúpidamente y tristemente al Solitario...

Gritó con un gran gesto de excomunió el nombre de Jesucristo, y apenas el sonido de la santa invocación murió en el aire mudo, la fantasma allí estaba, crasa, gordinflona, sombría, mirando al Solitario con su tristeza estúpida. Y así fué durante interminables y angustiosas noches. Ya orase Onofre, ya corriese afligido por la explanada, ya se encogiese en un rincón de la caverna con el rostro entre las manos, el monstruo allí estaba, en su pavorosa inmovilidad, tan lúgubre, tan estúpido, tan gordinflón, que parecía comunicar a las rocas de alrededor, a los montes, a los cielos, a las nubes, su gordura, su estupidez, su inmensa tristeza... Onofre pasaba las noches llorando, gritando de fastidio y de horror. Llegó un momento, más desesperado, en que Onofre decidió abandonar aquel desierto... Tomó su rollo de la Escritura, la cruz que había sido de San Nilo, y un día, antes del declinar del sol, comenzó a caminar hacia Occidente, hacia las sierras del Monasterio de Scetis.

Estaba al borde de la gran planicie arenosa cuando le cogió la oscuridad. Para comer el puñado de dátiles que había traído y beber de su ca-



labaza, descansó en una roca; e inmediatamente vió delante la alimaña disforme, que, sentada, sin que las patas se le distinguiesen del cuerpo, yacía como un monte sobre la arena, con la vasta trompa colgante y clavados en él los ojos, de estúpida y horrenda tristeza... El desgraciado Onofre huyó hacia atrás, hacia su roca, donde, al menos, su caverna le escondía. Y cuando de nuevo, alta noche, bañado en sudor, jadeando, pisó las losas acostumbradas, el monstruo allí estaba, con su trompa, con su tristeza, con su estupidez...

Entonces el Solitario sintió un intolerable horror a la vida, y sus ojos devoraban ansiosamente el borde de aquella alta roca desde donde podía caer para siempre en la paz y en la insensibilidad... ¿No se había matado Saulo?... ¿No había buscado y se había dado la muerte Pulqueria de Antioquía, a quien toda la Iglesia loaba?... ¿Qué era la confesión de la Verdad ante los Pretores romanos sino la voluntaria entrada en la muerte?...

Y cuando así pensaba, he ahí que de repente la trompa del monstruo se abre con lentitud, y aparece, sangrienta y profunda, su inmensa fauce. De fiijo, Dios había determinado que aquél fuese su fin sobre la tierra... ¡Y él, con arrebatada gratitud lo aceptaba, pues que sería así más portentoso que el de todos los confesores en los martirios!... ¡Ah, que no hubiese allí multitudes para atestiguar la heroicidad de su Fe, y su confianza en el Señor!

Se encaró, levantando bien la cabeza (puesto que de seguro los Angeles le contemplaban) con aquella fauce, horrenda más que todos los horrores y que esperaba, abierta de par en par, para tragarse... Más vasta que un antro, con dos hileras de dientes afilados, de donde goteaba una sangre espesa, su profundidad desaparecía bajo una niebla y un vapor color de sangre. Y no se movía, con la indiferencia de un abismo natural, seguro de devorarlo... Entonces Onofre alargó los brazos, entonó furiosamente un cántico alegre y marchó hacia el monstruo y hacia la muerte... Súbitamente todo desapareció como una sombra en una pared...

Inmóvil, al borde de la terraza, Onofre se retregaba los ojos, espantado, como quien sale de una siniestra pesadilla. Y sentía un cansancio tan pesado, que allí mismo se acostó sobre las baldosas, y todo su ser se disolvió en un sueño benéfico y tranquilo... La madrugada, cuando despertó, era la más dulce y fresca y rosada que había conocido en el Yermo... Cuando descendió a su huerto, a llenar la jarra, encontró la mimosa toda en flor y en aroma...

Había llegado, pues, a la estación dulce entre todas en Egipto; *Shâ*, la Estación de los Retoños. Ya a esa hora en la negra Etiopía, el divino Nilo se estremecía, y recogiendo la buena tierra negra, como un Limosnero que llena los sacos, comenzaba su marcha magnífica hacia el Norte y



hacia los Valles... Y en esa noche la luna, la que perpetuamente muere y renace, surgió sobre el Desierto, redonda y llena como un seno, derramando su luz como una leche cariñosa...

Toda la noche, sentado a la puerta de su caverna, Onofre embebió sus miradas en la luna, y recordaba, a su pesar vagamente, una canción de su ama, una esclava de raza cananea, en que se celebraba a la luna y su influencia, que hace fermentar los vinos y gobierna el amor de las mujeres...

La luna se había inmovilizado sobre el mar; Onofre sentía la caricia de su luz suave, y todo el desierto, con sus rocas y dunas, parecía vuelto hacia ella, para mirarse en su brillo, como en un espejo suspenso...

Dulces noches pasó así entonces en un inmenso reposo, estirado en las baldosas y bebiendo a trechos el agua fresca de su calabaza; porque la Estación de los Retoños es caliente y sin rocíos... Todo el desierto yacía en derredor iluminado, limpio completamente de Fantasmas y de Monstruos, en una amplia inocencia y más seguro que un templo... El Señor, en su misericordia, había barrido hacia allá lejos, con mano fuerte, el tropel deforme y roncante de los fantasmas y de los Monstruos... La niebla, donde se formaban los terrores, había sido disipada, y la Naturaleza reaparecía en su inocencia real y magnífica... Y tan limpio y purificado estaba todo el aire, que el

canto fino de la fuente subía hasta él, mezclado al perfume de las flores de las acacias...

¡Qué dulce era así la soledad!... Hasta las rocas perdían su rigidez en aquella suavidad de primavera, y ni eran proas de galeras que habían naufragado ni montones de cráneos blanqueando... En su blancura había ahora un calor de vida; redondas, emergiendo de la ladera negra, recordaban la curva blanda de un hombro desnudo, si se escurrió hacia abajo la túnica color de jacinto; altas y lisas, eran como los claros muros de una ciudad bien acogedora, donde el viajero que atravesó desiertos encontró la frescura de las Termas y el alegre bullicio de las calles, que huelen a sándalo y a mirra...

Un cansancio dulce y lánguido oprimía al Solitario, y de su pecho, que se levantaba como una onda, salía a veces, sin razón, un suspiro sollozado...

En su caverna no encontraba como antaño un sueño fácil y sereno; la bóveda negra, el duro suelo de roca, exhalaban un calor blando, impregnado de aroma, como si un frasco de esencia se hubiese entornado y en derredor colgasen telas y pieles; y sobre el montón de papiros secos, retorció los brazos, sofocado, en un desperoamiento que le hacía restallar los huesos fuertes...

Salía al cercado para respirar y ocupar la vigilia con la oración; pero el nombre mismo del Señor se le desvanecía en los labios, distraído por



sonidos extraños, ciertos olores extraños que venían de lejos, de la sombra... Era a veces una risa esquiva y fina de mujer que se perdía entre los ramajes del huerto; un vaho de horno, con un buen aroma de pan caliente, traído por la brisa; un velo amarillo que se abría despacito y arrastrábase sobre las rocas... De bruces en el muro, con el corazón intensamente palpitante, Onofre acechaba y escuchaba; y a veces quedábase allí toda la noche, sin moverse, con los ojos clavados en la oscuridad, en espera, como si hubiese de llegar alguna cosa deliciosa y que él ansiosamente apetecía, y de la cual no sospechaba ni el nombre ni la forma...

El día y el radiante sol no le ahuyentaban esas fantasías. Y cavando la tierra, empedrando los canales de riego en su vergel, deteníase como atacado vivamente por el recuerdo de la risa esquiva y lánguida, o por el olor del pan al salir del horno... Al llegar de mañana a la fuente, lavaba los brazos desnudos y las piernas, aplastaba el cabello que le caía rebeldemente sobre la túnica de piel de cabra; oprimía entre las manos ciertas plantas que tenían un buen aroma, y sentía goce, contemplando sus músculos, al pensar que era fuerte y airoso... La llegada de la noche ya no le asustaba; antes bien, la apetecía, por su misterio y por aquella su vasta sombra, que es como una cortina que todo lo esconde... Pero ¡cuán solitaria y vacía era!... Si al menos tuviese, como al-

gunos cenobitas, un compañero mozo con quien pudiese pasear en aquellas veredas del monte, pasando el brazo sobre su hombro...

Juntos cantarían los himnos santos y murmurarían uno a otro, para fortalecerse, las tristezas de sus corazones... ¡Oh, si alguno de esos monjes que yerran de monasterio en monasterio, o de los que recorren, para instruírse, los retiros de los solitarios, pasase por allí, por aquellas serranías!...

Las palmeras de su huerto bastarían para sustentar a dos o tres hermanos y en su caverna había espacio para cobijar otros sueños... Con una esperanza sin fundamento quedábase largas horas, de bruces en su terraza, y ante sus ojos, clavados en la penumbra, fatigados de esperar, surgían entonces imágenes extrañas: un rincón de calle, con flores colgantes de una terraza; un patio con una mesa llena de tazas, de pedazos de hielo, abrigado todo por un velario; una cortina que se descorría y dejaba entrever una mujer derramando un perfume sobre los brazos desnudos... Onofre se estremecía como despertándose, y volvía a entrar en la caverna, atribuyendo aquellas visiones a debilidad y a los largos ayunos... ¡Ah, si pudiese un día comer una carne sustanciosa, beber un buen trago de vino, más largas podían ser sus oraciones, y en su dulzura saludable se desharía toda la inquietud de su alma!...

Y siempre que así pensaba, en seguida veía blanquear en el suelo un plato de arcilla lleno de



ostras de Canopia, al lado de una jarrita de vino que espumeaba, o un olor de cordero asado y humeante se esparcía en las tinieblas... ¿Era una realidad o era una ilusión?... ¡Bien podía ser un don milagroso del Señor!... ¿No había alimentado a Elías en el Desierto?... ¿No había hecho brotar a los pies de Pacomio, a quien la sed torturaba, un ramo cargado de granadas?... Y una noche en que él vió al lado de su lecho de hojas un pan muy fresco y muy blando y una taza enorme de vino donde flotaba hielo, no dudó de la misericordia del Señor, y riéndose de gozo, extendió la mano trémula... Dió un grito; ¡había sentido el ardor de una brasa!... ¡Era, pues, una horrenda oferta del Demonio; y en el Infierno se había amasado aquel pan y en el Infierno se había vendimiado aquel vino!... ¡Si él hubiese muerto en ese momento, era la perdición irreparable!... Agarró los azotes y, despojándose furiosamente de la túnica, azotó la carne infestada de gula...

Pero en seguida los primeros golpes, en lugar de herirle, le dieron el incomprensible y extraño goce de una caricia. Era como si brazos desnudos se ciñesen al cuerpo desnudo... Arrojó de sí los azotes con un inmenso terror, y las negras tiras de cuero tomaron, caídas sobre la roca, la forma redonda y blanca de brazos cansados que se estiran... Cayó de rodillas, y de rodillas delante de él estaba una figura de mujer, cuyos ojos, muy negros, cuyos labios, muy rojos, transparentábanse

a través del velo que apretaba contra el seno, con los brazos redondos llenos de frescura y de aroma...

Entonces, durante largos días no comió ni bebió; y nunca fué más dolorosa su lucha con el gran Enemigo. Torturado por el hambre, torturado por la sed, a cada instante Onofre encontraba delante de sí una ancha mesa con resplandeciente mantel de lino, cubierta con todas las delicias de la cocina, del huerto y de la bodega: carnes que humeaban, con su aroma sabroso; legumbres que, de tiernas y bien cocidas que estaban, deshacíanse dentro de su salsa transparente; montones de frutas cuya pulpa succulenta estallaba de madurez; botellitas con vino color de amatista y color de oro, enfriándose entre bloques de hielo que relucían...

Y la tentación era tan deliciosa y fuerte, que Onofre, delante, temblaba todo, con una espuma en la boca reseca y gruesas lágrimas rodándole por las barbas... Huía, y la mesa reaparecía tan enfrente de su pecho, que sentía la frescura de la nieve, el humear de la carne y un aroma de huerto regado y de flor de romero y de flor de naranjo... Daba un brusco empujón a aquellas delicias del Infierno; las frutas apiñábanse a sus pies, abriéndose de puro maduras; los vinos, corriendo, formaban regatos olorosos en la arena... Desesperado, retorció los brazos, clamaba por el Señor... "¡Socorro, Dios mío, socorro!..." Todo desaparecía; pero al punto colgaban sobre él enormes ra-



mas cargadas de naranjas, de ciruelas, de racimos de moscatel, de granadas doradas, y del suelo estallaba una llama clara, donde un cordero gordo y blanco se tostaba en la espetera... Onofre despedabaza los ramajes, Onofre pisoteaba la lumbre... "¡Socorro, Dios mío, socorro!..." E iba a caer casi desmayado a la puerta de su caverna, escondiendo el semblante en la arena cálida que bebía sus lágrimas...

Un año entero así combatió, y todos sus cabellos se pusieron blancos. Un día en que se recogía exhausto de su trabajo y se había sentado en una roca a orillas del agua, encontró de repente en el regazo un pan pequeñito, rubio y tostado, caliente aún, como salido del horno... Entonces el solitario comenzó a reír serenamente... ¡Qué!... ¡Tanto se había agotado el demonio, que, después de mesas más ricamente llenas que las del Emperador, sólo le quedaba ahora para seducirle un pan miserable de legionario!... Y con aquella risa, una paz inmensa penetró en su corazón... El demonio, así humillado, abandonó el desierto...

## V

Habían transcurrido pocas lunas cuando una tarde, al oscurecer, volviendo del Monasterio lejano de Thebana, donde había ido a buscar simiente para sembrar, encontró, sentado pensa-

tivamente en una piedra, a un hombre, a un viejo, con una túnica severa de filósofo y un bastón en la mano, que se levantó, le saludó y comenzó a caminar a su lado, callado y con respeto.

Extrañando su silencio, Onofre murmuró:

—¡Bien venido seas, mi hermano en Jesús, hijo de Dios Padre, que por nosotros padeció!...

El viejo, sin levantar los ojos del suelo, donde sus sombras se extendían ampliamente, dijo con lentitud:

—¡Dios es uno e inmaterial y no puede tener hijos!...

Y como Onofre retrocedía escandalizado, reteniéndolo por la manga, rompió en palabras extrañas y magníficas. Si Jesús era hijo de Dios, ¿por qué se había llamado a sí mismo hijo del Hombre?... Todo niega, en cada una de sus acciones y de sus palabras, su esencia divina. Si él era Dios, ¿para qué necesitaba el bautismo?... ¿Cómo podría el demonio tentar por la oferta de un reino en la tierra a quien sabía que poseía, como Dios, los reinos de la tierra y del cielo? Cuando la Magdalena le tocó la túnica, él exclamó: "¿Quién me ha tocado?"... Luego no lo sabía. ¿Dónde estaba entonces su omniscencia de Dios?... En Emaús, después de la resurrección, pide a los discípulos que le palpen las llagas... Luego, aun después de la resurrección, era un cuerpo material susceptible de verter sangre...

Onofre dilataba los ojos estúpidamente. Y en-